

**ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS  
PARA LA EDUCACION, LA CIENCIA Y LA CULTURA**

**Discurso del  
Sr. Amadou-Mahtar M'Bow**

**Director General  
de la Organización de las Naciones Unidas  
para la Educación, la Ciencia y la Cultura  
(Unesco)**

**con motivo de la celebración del 850° aniversario  
del nacimiento de Maimónides**

**Sede de la Unesco, 11 de diciembre de 1985**

Señoras y señores:

Mucho me complace recibirlos hoy en la Sede de la Unesco, con motivo de la Mesa Redonda sobre Maimónides, organizada para celebrar el 850° aniversario del nacimiento de aquél que nuestro Consejo Ejecutivo saludó como "filósofo, médico y jurisconsulto, cuya obra se sitúa en la encrucijada de las grandes civilizaciones de su tiempo y que contribuyó de manera eminente al diálogo entre las culturas".

Maimónides es al mismo tiempo uno de los más eminentes doctores de la ley judía, una de las grandes referencias de la filosofía medieval de inspiración griega, y una de las principales personalidades de la extraordinaria eclosión filosófica y científica de expresión árabe de los siglos XI y XII.

Nacido en Córdoba el 30 de marzo de 1135, Maimónides vive los primeros años de su infancia en una Andalucía gobernada entonces por los Almorávides, época llamada por algunos "edad de oro" del judaísmo español.

Hacia mediados del siglo, los Almohades reemplazan a los Almorávides en la España musulmana. Hacia el 1159 Maimónides abandona Córdoba con los suyos. Va primero a Fez, en 1160, luego, tras una breve estancia en Tierra Santa, se traslada a Fostat en 1165, donde permanece hasta su muerte, en 1204.

El Egipto que lo acoge se encuentra desde hace casi dos siglos bajo la autoridad de los Fatimitas. Atraviesa por un largo periodo de prosperidad económica en la que toman parte los judíos. El Califa Al Mu'izz y la mayoría de sus sucesores tienen una actitud abierta hacia los no musulmanes. Alejandría es entonces la ciudad del comercio de todos los pueblos, como la califica el cronista Benjamín de Tudela, donde cada nación posee un verdadero gran almacén.

Uno de los hermanos de Maimónides se destaca en los negocios con la India, y otro se consagra a la dirección espiritual de la comunidad judía de Fostat. En cuanto a Maimónides practica allí brillantemente la medicina, y sus escritos demuestran en ese campo una actividad práctica y teórica intensa. En 1185 figura en la lista de los médicos del Vizir Al Fadil, en la corte de Salah Eddine (Saladino).

Pero la contribución esencial de Maimónides reside en algo diferente: se sitúa en la encrucijada de la religión y de la filosofía que constituye, para los más esclarecidos espíritus de esa época, el lugar de la reflexión por excelencia.

Con su conocimiento de todas ciencias árabes, así como del legado griego que éstas le transmiten, su propósito es según sus propias palabras "alcanzar el conocimiento de la verdad por lo que se refiere a la existencia divina". Con tal fin, se dedica primero al estudio profundo de la lógica, luego, al de las matemáticas y las ciencias naturales -conocidas entonces con el nombre de física- y por último, al de la metafísica.

Su obra sigue la progresión de este procedimiento intelectual. A los 16 años, escribe una introducción a la lógica de Aristóteles; a los 23, una disertación sobre los cálculos astronómicos referidos al calendario judío; luego se consagra a los comentarios del libro de la ley religiosa de los judíos, y más adelante redacta su monumental síntesis codificadora de la tradición talmúdica. Por último, unos años antes de su muerte, completa en árabe, su gran obra metafísica Dalalat Al Ha'irin -traducida con más rigor en latín por Dux Perplexorum, que por su título francés ahora célebre: Le Guide des Egarés (Guía de los descarriados).

Interrogar al Maimónides de la Guía de los descarriados es captar en la unidad de un pensamiento soberano, al mismo tiempo, al sabio árabe, al filósofo helenista y al teólogo judío.

En una carta dirigida a Samuel Ibn Tibbon, que realiza en Francia la traducción hebrea de su obra, Maimónides escribe:

"Pon sumo cuidado en no estudiar las obras de Aristóteles sino acompañadas por sus comentarios: el de Alejandro de Afrodisia, el de Temístius o el de Averroes. Los escritos del maestro de Aristóteles, Platón, son parábolas, difíciles de entender, lo cual no es necesario puesto que la obra de Aristóteles basta; tampoco es necesario ocuparse de los libros escritos por sus predecesores ya que su intelecto es el más alto grado del intelecto humano, exceptuando a quienes han recibido la inspiración divina... En cuanto a la lógica, sólo hay que estudiar las obras de Al-Farabí. Todas sus obras son excelentes... al igual que las de Ibn Bajja".

Pero se cometería un error con respecto al procedimiento seguido por Maimónides, si se viese en él sólo una perspectiva filosófica. Para él la filosofía, que incluía además las ciencias de su tiempo, constituían como una propedéutica para la definición de una ciudad ideal y para la meditación sobre las interrogantes esenciales, tales como: ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde voy? ¿Qué sentido conferir al orden del mundo? ¿Qué puede saberse de su creación?

Todos los esfuerzos del intelecto humano deben tender, según Maimónides, a elucidar estas interrogantes. Remitiéndonos a sus propias palabras:

"... la perfección de la que el hombre puede realmente vanagloriarse, es aquélla que consiste en haber adquirido, en una medida correspondiente a su capacidad, el conocimiento de Dios".

Maimónides se dirige en realidad a esos indecisos, esos "perplejos" de todas las épocas que son ya virtuosos en su religión y sus costumbres, que ya son versados en las ciencias de los filósofos, que están ya inclinados a ejercer la razón humana y a extender su campo lo más lejos posible, pero cuyo espíritu se encuentra no obstante desorientado, porque no logran conciliar las conclusiones de las ciencias y de la filosofía con el sentido literal de las Sagradas Escrituras. Esos perplejos son, en definitiva, los que saben que la facultad discursiva no agota los misterios del ser humano y que, al mismo tiempo, no tienen la intención de renunciar al inagotable recurso de la razón.

Al definir su procedimiento, Maimónides precisa a uno de sus discípulos:

"No quiero decir que ese tratado disipará para quien lo haya comprendido todas las dudas posibles, sino que descartará la mayoría de los puntos oscuros y los más graves. El hombre atento no me pedirá ni pretenderá, cuando hayamos hablado de determinado tema, que lo concluyamos..."

La lógica y las matemáticas son instrumentos que ayudan al espíritu humano a ejercer su capacidad demostrativa. Pero, ¿acaso el campo del discurso demostrativo puede agotar todas nuestras interrogantes? Para Maimónides evidentemente no es así en absoluto. Al igual que su contemporáneo Ibn Rochd no pretendió que la fe en la razón diese cuenta de todas las razones de la fe, si bien algunos teólogos les reprocharán, a ambos, de haber indebidamente amplificado el poder de la Razón.

Sobre los límites del campo de la ciencia demostrativa y, correlativamente, sobre el sentido que conviene atribuir a la interpretación de las Sagradas Escrituras, hay un ejemplo, entre otros, que esclarece la actitud de Maimónides.

Se sabe que Aristóteles separa al mundo de los seres vivos y corruptibles, el "mundo sublunar", del mundo de las esferas celestes, movidas según él durante toda la eternidad por un ser necesario. A lo largo de los siglos, numerosos teólogos de las tres religiones reveladas opusieron a esta concepción la de la creación del conjunto del mundo por un acto libre de la voluntad divina. Desafiaron a los filósofos a que explicasen las dudas que encierra el sistema de Aristóteles. Téngase presente la célebre crítica de los "filósofos" de Al-Ghazali.

¿Qué dice Maimónides?

"Todo lo que Aristóteles ha dicho sobre lo que existe por debajo de la esfera de la luna, hasta el centro de la tierra es indudablemente cierto; nadie puede apartarse de ello, sino quien no lo comprenda (...) Pero a partir de la esfera de la luna y por encima de ella, todo lo que dice Aristóteles al respecto parece consistir las más de las veces en simples conjeturas."

Sobre los límites de la ciencia de Aristóteles, es decir para su época, de la ciencia entera, Maimónides añade:

"En cuanto a todo lo que se halla en el cielo, el hombre no conoce nada sino esa pequeña dosis de matemáticas... Diría, valiéndome de una locución poética: "los cielos pertenecen al Eterno; pero la Tierra, la dió a los hijos de Adán" (...) acerca de lo que está más acá del cielo, dió al hombre la facultad de conocerlo, puesto que es ese su mundo y su morada, del que forma parte..."

No por ello Maimónides invalida por anticipado una posible ciencia del cielo. Reitera que está perfectamente dispuesto a oír, si existe, una demostración al respecto. Mientras tanto, conviene conformarse a la actitud que así define:

"... fatigar a los espíritus con lo que no podrían captar, sin ni siquiera instrumentos para lograr hacerlo, sólo sería una falta de sentido común y una especie de locura. Detengámonos, pues, dentro de los límites de nuestro poder; y lo que no puede captar el razonamiento, dejémoslo a quien fue el objeto de la gran inspiración divina..."

A partir de ahí, adopta sobre el método de interpretación de las Escrituras una posición ponderada. Una vez que la ciencia ha establecido una verdad es vano oponerle el sentido literal de las palabras reveladas, debe optarse por su sentido alegórico, el ta'wil de los teólogos musulmanes. Pero la sabiduría necesaria entonces es aún mayor que la de los sabios. Es más, debe abarcar a esta última.

De esos hombres que serían al mismo tiempo sabios, legisladores y discípulos de una religión tan exigente como esclarecida, Maimónides traza poéticamente el perfil al final de su "gufa".

"Los que han comprendido la demostración de todo lo demostrable; que han alcanzado la certidumbre en lo metafísico, siempre que fuese posible; o que se han acercado a la certidumbre, cuando es lo único que puede hacerse, son "aquéllos que han llegado al interior de la morada junto al soberano"..."

Al igual que los más brillantes espíritus de la gran época en que vivió ¿no es acaso a él que se aplica primero esta parábola? ¿Y no es por haber alcanzado un nivel tan elevado que pudo esclarecer la reflexión o guiar la fe de tantos hombres después de él -desde los investigadores del mundo musulmán hasta los comentaristas de la tradición judía, de los teólogos del cristianismo como Sanco Tomás y el Maestro Eckhart a los filósofos modernos como Leibniz y Spinoza?

¿Qué homenaje más sentido a ese sabio, abierto a todas las sabidurías, que escribió en árabe, pensó en griego y rezó en hebreo, que aquél que puede rendirse en este foro cuya razón de ser es estar a la escucha de las lenguas, las creencias y las culturas de todos los hombres?